

DON QUIJOTE DE VALENCIA (NUEVO CAPÍTULO)

Dune Ayane



Image not found.

Capítulo 1

(También puedes leerlo en mi blog elrinconduniano.blogspot.com)

CAPÍTULO 1

En un pueblo de Valencia, de cuyo nombre no me quiero acordar, vivía toda su vida un adolescente lleno de acné. Tendría unos 17 años, era delgado, de piernas largas y flacas. Madrugador por naturaleza, estudioso por una falsa afición.

Pocos sabían su nombre, no solía destacar. Pasaba sus horas leyendo libros, otros de sus hobbies más reconocidos. Estas trataban sobre los apocalipsis zombies. Le gustaba tanto, que está precedía a sus estudios, hasta el punto de que los descuidó. Estaba ansioso por descubrir mundo, pero no uno cualquiera, si no el postapocalíptico, incluso llegó a atreverse a vender apuntes, aunque le ocupase la mayor parte de su tiempo, y así poder conseguir entradas para una exposición de una de sus series favoritas.

Leía tanto, que se inhibió por completo de la realidad. Empezó a odiar a esos seres llamados zombies, que habían matado en sus sueños a toda su familia. Estaba tan obsesionado, que cada vez que se levantaba de la cama para dirigirse al baño, se asustaba nada más verse reflejado en el espejo. No era para menos, pues su aspecto no distaba mucho de un no muerto.

Tanta fue su metedura de pata en el hoyo que él mismo se había creado, que decidió que sería una buena idea aprender tiro con arco. Las armas eran pesadas y las balas no eran ilimitadas como en los videojuegos, fantaseaba todo el día, pero no era tonto como para pensar que era una buena alternativa el llevar una Deagle. Buscó tutoriales en youtube, pero era obvio que debía encontrar un campo abierto y lo más importante, un arco.

La casa de sus abuelos maternos era enorme. Atrás de esta había una gran parcela, donde antes se plantaban tomates, entre otras muchas verduras. No solía pasar tiempo en aquel lugar desde hacía años, pero por casualidad acabó en una pequeña salita llena de fotografías familiares. En algunas se llegó a reconocer, en otras ni había nacido, pero un par de chicos jóvenes en lo que parecía ser un bosque, le llamó la atención. No por lo bonita que era esa estampa, pues también le fascinó, si no por el arco que llevaba apoyado el hombre en su hombro. Salió corriendo, camino a las escaleras, y las bajó como si pudiera casi volar. Entró en el salón principal, sorprendiendo a su familia. Estaban sus abuelos, sus

padres y su tía abuela, que se quedaron mirandolo, expectantes por saber que mosca le había picado:

-He visto la imagen -murmuró- la he visto.

Su abuela se quedó sorprendida al escuchar aquello, y preguntó por cual de todas. El adolescente la describió, con dificultad, porque era extraño que se mostrara tan excitado por algo tan pequeño. La mujer, nada más escuchar su explicación, sonrió y miró a su hermana:

-Se trata de nuestros padres -dijo su tía abuela- vivían en la naturaleza, casi nos tienen entre la maleza de este.

No podía creerselo y su abuela corroboró la historia, así como su madre, que era la nieta de estos. Aseguraba que era muy divertido ir de excursión con ellos. El chico quiso saber si el arco seguían teniendolo, a lo que la mujer miró a su marido:

-Vendí gran parte de sus pertenencias -respondió el abuelo- pero no recuerdo un arco.

-Si no lo pusiste en venta, debe estar en la caseta de jardín -dijo la madre-

El hombre asintió y dijo que iría a por este, pero que no prometía nada. Tardó unos cuantos minutos, pero cuando lo trajo, aseguró que la cuerda se había destensado y que la madera había perdido elasticidad. El joven, desilusionado, tomó aquello entre sus manos y se quedó mirandolo fijamente. Su abuela se apiadó de él, pues sentía la pena en sus ojos. Miró a su hermana y esta asintió:

-Aun tenemos sus memorias en posesión, así como un diario de todo lo que hacían en el bosque -aseguró su tía abuela- tu abuela tiene el diario de nuestro padre y yo el de nuestra madre ¿Los quieres?

Al joven se le cayó el trozo de madera de las manos debido a la sorpresa. Comenzó a asentir como un poseso, haciendo que sus padres comenzaran a reirse. Con dificultad, la abuela se levantó y le preguntó a su hermana donde estaba el suyo. Nada más decirselo, se disculpó un momento y salió del salón.

Parte de la supervivencia en exteriores la tenía aprendida al dedillo. Sus bisabuelos tenían dificultades para escribir, pero con su habilidad para dibujar consiguieron hacer unos planos muy didacticos. El chico deseaba ser un nómada como ellos. Se maldecía por aquella vida sedentaria que había adaptado, ahora tenía ganas de viajar, de descubrir mundo, de visitar todos los lugares que construyeron con sus manos. Todo aquello eran solo sueños, pues no había dado más de dos pasos. Tenía una

bicicleta, pero a quién quería engañar, se veía ridículo con ella. Pensativo, se quedó de pie, en medio de su habitación. Alzó su mirada, viendo la estantería superior de toda la habitación. Saltó en la cama y la alcanzó. Allí dentro estaban todos sus ahorros, un montón de billetes de 50 euros de todas las libretas que había vendido. Todo aquello era destinado para sus caprichos, pero una parte también era para la universidad. Dejando toda la cantidad sobre el edredón, se dio cuenta de que era una tontería seguir ahorrando para un sueño que no le satisfacía. Lo contó todo y se dio cuenta de que no tenía para un coche, tampoco tenía carnet para este, pero sí que le podría dar para una moto. Lo tomó todo con la mano, lo metió en una bolsa de tela y se puso la chaqueta.

Era un Sábado, así que la actividad era superior a la esperada por el adolescente. Se puso la capucha y trató de pasar entre la gente, intentando no cruzarse en el camino de nadie. Llegó a su destino, una tienda de motocicletas. Al entrar, pudo ver que había un par de personas mirando algún que otro modelo. Descubrió su cabeza y se puso delante de un mostrador. Esperó a que alguien le atendiese, pero varios dependientes estaban liados con otros clientes. Se apoyó con una mano y esperó pacientemente hasta que una chica salió del interior:

-¿Qué es lo que desea? -preguntó con una enorme sonrisa-

El chico no supo qué contestar, pues se quedó prendado. Aclaró su voz tosiendo un par de veces y explicó que necesitaba una motocicleta. La chica le entregó un catálogo, pero los modelos que habían allí eran muchísimo más caros de lo que tenía pensado. Se rascó la cabeza y trató de disimular, haciendo que la chica se percatara de algo:

-¿Tienes la edad para conducir una?

No se esperó que fuese a desconfiar de su edad. Aseguró que sí, que el año pasado se lo había sacado. Retiró aquel catálogo y le entregó otro. En este había motos más modestas, de segunda mano y de poca cilindrada. No le quedaba otra que aceptar alguna de esas. Sacó la bolsa con los billetes y se la entregó. La mujer la tomó y empezó a contar todo el dinero, haciendo que la chica se quedara de nuevo sorprendida:

-¿No es suficiente? -preguntó el joven- espera, puede que tenga algo más en la chaqueta.

Se hurgó en el bolsillo. Notó que tenía un montón de monedas, así que las rodeó todas. Cuando soltó todo el contenido encima, descartó un par de clips que utilizaba para los apuntes, una chapa y algún que otro ticket de un restaurante de comida rápida. La chica acercó las monedas a los billetes y aseguró que solo podría tomar un modelo, que para la edad, le iría muy bien. Le pidió que lo acompañase, y allí la vio. Una vespino de color blanco, con algún que otro rasguño y abolladura. No era lo que

inicialmente tenía en la mente, pero acabó aceptando el trato:

-¿Tienes un casco? -escuchó de la boca de la chica-

Se dio cuenta de que se le había olvidado en casa. Negó con la cabeza y le preguntó si le sobraba algo de dinero para adquirir uno. La chica le pidió que esperase ahí, junto al pequeño vehículo. Caminó hacia esta, agachándose y fijándose en cada uno de los detalles. A pesar de su aspecto, le habían pasado un trazo. Notó como algo caía en su cabeza y algo golpeaba sobre el objeto. Cuando miró hacia arriba, se dio cuenta de que era la chica, que le había puesto un casco:

-Cuando tengas el tuyo, vuelves y me devuelves ese -respondió la chica- vamos a tomar tus datos.

El chico se lo agradeció y sin quitárselo de la cabeza, la siguió de nuevo al mostrador. Allí rellenó todos los datos.

Con el casco a su lado, se quedó pensando en lo mucho que había avanzado en un solo día. Estaba emocionado, las aventuras le estaban esperando, pero su nombre le hacía sentirse avergonzado. No tenía gancho como para ser recordado como un héroe. Se tumbó bocarriba, fijándose en las estanterías. Había un libro que se había tumbado, no podía dejarlo así. Se subió a la cama dejando los zapatos en el suelo y lo tomó. Lo dejó derecho al lado de otros, y se fijó en la portada. <>. Los recuerdos de su infancia vinieron a su cabeza solo con ver ese libro. La bombilla se encendió y tuvo la respuesta a su quebradero de cabeza. Así se llamaría, el Quijote. Lo tenía todo, no un caballo, pero si una vespino vieja de color blanco, era perfecto para él. Se dejó caer en la cama, tomó una almohada y empezó a patear. No podía aguantarse más las ganas de descubrir nuevas cosas. En ese momento, la puerta se abrió y se quedó de rodillas mirando hacia ella. Era su madre:

-¿Quereis algo para cenar?! -dijo la mujer mirando para todas partes- ¿Dónde está tu amigo?

-¿Amigo? -preguntó Quijote estupefacto-

-Hay una moto aparcada en el jardín -respondió-

Quijote comenzó a tartamudear. No sabía como disimular. Se le había olvidado ese gran detalle, que sus padres no sabían nada de nada. Se alzó de la cama, trató de caminar hacia ella, pero a mitad de camino se paró. Le sonrió y le preguntó sobre lo que había para cenar:

-Hijo ¿Qué intentas ocultarme?

-Nada -dijo mirando hacia otro lado-

La mujer se cruzó de brazos y le preguntó si había venido alguna nota de examen. Era extraño que se comportara así. Quijote asintió, aunque era mentira, aseguró que había suspendido, otro examen más, ya era una costumbre en su día a día. El nerviosismo del adolescente hizo que su madre supiese que estaba mintiendo otra vez. Entró en la habitación, con rayos x en la mirada. Tras dar una vuelta, se quedó de cara hacia la cama y alzó su mirada. Quijote sabía que no se le escapaba ni una. Cerró sus ojos y notó como su madre se quedaba observandolo:

-¿Y la hucha?

-Es una larga historia mamá, creo que no tendré tiempo de contartela - dijo haciendo que estaba muy atareado- tengo que terminar los deberes e irme a la cama. No quiero hacer tarde a clase mañana.

-Hijo, no me vengas con tonterías, pues sé que últimamente los estudios no te importan -se quedó pensativa- espera ¡¿Esa moto es tuya?!

Asintió mientras levantaba sus brazos, pues temía que su madre tuviera ganas de golpearlo. Se llevó la mano a la cabeza, murmurando que su hijo no podía ser más inocente:

-Dime que fuiste a una tienda legal, que no te han timado.

-Claro que fuí -contestó- pero el dinero no me llegaba para más.

-¿Te has gastado todo el dinero en esa moto parcheada? -dijo enfadada- ¡Pero a quién se le ocurre!

El chico aseguró que podía ahorrar y mejorarla poco a poco, pero a su madre no le servía esa versión. Salió de la habitación, llamando al padre, diciendo que el hijo había perdido el norte. Quiso seguirla de cerca, pero al ver que estaba muy asqueada, decidió no hacerlo. Se quedó de pie, en medio del pasillo.

El traqueteo del tubo de escape alarmó a la gente de alrededor. Se apartaron para dejarle pasar. Aquella moto iba dando tumbos, hasta el punto de que se había preocupado por su vida un par de veces. Se acercaba a la puerta de entrada al instituto, pero de repente, alguien se cruzó en el camino. Dio un giro brusco, haciendo que se cayera de la moto y acabara rodando por el suelo. Cuando se levantó para disculparse, se dio cuenta de que la persona que casi atropellara era el director del centro:

-¿Cuántas veces tengo que repetir que entreis la moto a pie? -dijo

enfadado-

Quijote acachó la mirada y volvió a disculparse. Cuando el hombre entró en el interior, el joven cogió la moto y la acercó al aparcamiento. Intentó sacar el caballete de su sitio para que se quedara apoyada, pero lo arrancó sin querer, obligandola a dejarla apoyada en un árbol. Escuchó el cuchicheo y las risas de la gente que había sido testigo de la escena que había dado. Se quitó el casco de una y lo puso debajo de su brazo. Entró adentro del edificio, subió las escaleras y se acercó a las taquillas. Tomó los libros de la hora y volvió a cerrarla. Suspiró, tratando de sacar ganas para entrar en el aula, se dio la vuelta y sin querer, se topó con alguien. Se le cayeron todas las cosas de las manos. Pidió perdón y se agachó para recogerlo todo. La persona con la que se había chocado ni se dignó en ayudarlo. Estaba acostumbrado, así que no le molestó. Nada más tomar las cosas de un zarpazo, se fijó en la persona, que la reconoció enseguida. Se levantó y la interceptó antes de que entrara a mirar a una aula. Esta se giró y los dos se quedaron mirándose. Quijote esperó que no le reconociese, pero para su sorpresa, si que lo hizo. Era la dependienta de la tienda, la chica que le había vendido la moto. Parecía tener prisa, así que no sacó el tema de la motocicleta, pero quiso saber a quien buscaba:

-A mi hermana pequeña -dijo sujetando con una mano un casco-

-Si me dices el nombre, puede que la conozca.

Nada más intentar nombrarla, se dieron cuenta de que la gente empezaba a apartarse. Cuando miraron en la dirección, Quijote se dio cuenta de que se acercaba la chica popular de su clase. Se quedó de piedra, ambas se parecían un montón. Tragó saliva, pues ahora entendía por qué se había quedado prendado a simple vista de la dependienta:

-¿Miriam?! -gritó la chica popular- ¡¿Qué haces aquí?!

-Hermanita, te habías dejado el casco en casa -lo mostró-

Lucía se acercó con prisa y lo tomó. Parecía estar enfadada. Miriam sacó la lengua y le aseguró que nunca volvería a pagar una multa suya. Quijote notó que ahí no pintaba nada, pero enseguida escuchó como Lucía preguntaba por la relación de ambos. Miriam miró a Quijote, le sonrió, y aseguró que era el nuevo dueño de su anterior motocicleta. Lucía no pudo creerselo, tomó a su hermana de la mano y a Quijote de la sudadera. Tiró de ellos hacia una zona más tranquila, donde nadie pudiera seguir escuchando. Los lanzó al interior de un aula y cerró la puerta:

-Dime que es mentira -le imploró a Miriam- ¡Dime qué no has hecho eso!

-¡No la utilizabas! -se excusó Miriam- Además, ahora Alberto te lleva a

todos lados con su gran moto, casi ni coges la tuya.

-¡No es asunto tuyo! -se quejó Lucía- ¡Esa era mi moto y punto! ¡Maldito marginado, me la vas a devolver sí o sí!

Quijote frunció su ceño y aseguró que no lo iba a hacer, que si la quería, que le pagara el dinero que le había dado a su hermana por ella:

-¡Te he pagado ya lo suficiente por tus apuntes de mierda! ¡No me jodas!

Miriam se quedó curiosa al escuchar aquello. Lucía cerró su boca, pues la había cagado. Quijote notó la tensión en el ambiente. Notó como la dependienta le miraba, quería saber a que había venido eso. El joven intentó explicarse de una forma que no lo pusiera en evidencia, ni a él ni a la chica, pues sería una mala imagen para su negocio, pero no tuvo tiempo, la sirena sonó y todos tenían que ir a clase.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2 - HISTORIAS

Desde la planta de arriba se escuchaba el televisor. Quijote se estaba lavando los dientes. Una vez que terminó, puso su cepillo debajo del chorro. Cuando lo dejó en el sitio, vio que era el momento de enjuagarse la boca. Hizo unas cuantas gargaras y soltó todo en el lavabo. Se pasó una toalla por la parte inferior de la cara y la dejó arrugada en el sitio. Salió al exterior, bajó las escaleras y tomó la mochila, que estaba sobre la silla del comedor, cuando escuchó algo que le llamó la atención. La mujer de las noticias iba a comenzar a explicar la noticia:

-Un brote de una cepa desconocida de gripe está desbordando los hospitales de algunas comunidades -explicó mirando a la pantalla muy seria- debido a las altas temperaturas y los mínimos de vacunación, las víctimas suben a 50 personas en todo el país. Se recomienda extremar las precauciones a la hora de salir de casa.

Su padre, nada más escuchar eso, suspiró y apagó el televisor. Retiro su mirada hacia su hijo, que vio que estaba muy conmocionado:

-No vayas a creer que va a ocurrir una de esas historias tuyas -respondió con contundencia- ¿Vas a ir a clase?

Quijote asintió. No sabía como aceptado la propuesta, pero había quedado con Lucía para ir a una huelga estudiantil. Los recortes en educación habían extremado la precariedad en las aulas, casi ni se podía dejar un alfiler entre tantos alumnos en una misma clase, así como que no habían suficientes materiales para todos. Su padre se había enterado de esta porque pertenecía al consejo estudiantil, así que le recomendó que no fuese, pues con la gripe acabaría enfermo:

-Ya que eres del consejo estudiantil, podrías echarnos una mano -se quejó Quijote- y no digas que tienes que hacer cosas, estás en paro.

Al escuchar eso, dobló el periodico y se quedó mirandolo. Quijote pensó que se había cavado su propia tumba, pero algo le había ocurrido a su padre para estar contento. Le aseguró que tenía razón y que ahora mismo intentaría ponerse en contacto con el director. Al ver como se marchaba escaleras arriba, apretó su puño y se echó la mochila a la espalda. Se dio prisa en salir, se sentó en su motocicleta y se ajustó el casco. Quitó el caballete y le dio todo el gas que pudo.

Lucía iba agarrada a él. Por un momento llegó a creer que se le haría un nudo en la garganta, pero sentir la adrenalina de ir en moto le salvó de ello. Había tenido la valentía hasta de quitarse el casco, y el pelo se mecía

con el viento. Esquivaba algunos coches, con gran facilidad, pues el límite de velocidad se lo permitía. Llegó el momento en el que tenía que tomar una ruta distinta, así que giró para meterse en una calle llena de tiendas. A lo lejos vio como la gente se reunía en la boca de la plaza. Era la primera vez a la que se apuntaba a algo como aquello. Lucía se acercó para decirle que parara en algún lugar cercano, pues debían aparcar la motocicleta. Aminoró la velocidad y se paró entre dos coches. La dejó apoyada en el caballete y vio como Lucía se quedaba mirando a la que fue su moto durante un largo periodo de tiempo. Quijote se sintió mal por ella, así que le ofreció la idea de quedar más a menudo, oferta que Lucía ignoró, pues empezó a caminar hacia la plaza.

La batucada y los instrumentos de viento amenizaban la velada. La gente cantaba en contra de los recortes de educación, entre palmas y tamboriladas. Lucía gritaba a su lado mientras bailaba. Quijote intentaba rodearse de todo ese ambiente, pero siempre le había costado socializar con gente tan extrovertida. Alguien lo rodeó con el brazo y sorprendido, tragó saliva. Se trataba de Miriam, que lo invitó a bailar con su hermana. Lo tomó de las manos y movió sus brazos. Poco a poco, se fue soltando, sorprendiéndolas. De repente, el ambiente se frustró. Cuando vieron que todo el mundo se paraba, se preguntaron el por qué. Entre las cabezas que tenían por delante, pudieron ver una línea de policías, con todo su equipo a cuestas:

-¡Con la iglesia hemos topado! -gritó Miriam tomándolo a los dos de la mano-

Quijote no reaccionó, solo se topaba con gente y pedía perdón. Un estruendo, como si se tratara de un petardo, hizo que todo el mundo reaccionara en cadena. Empezaron a correr, dejándolos atrás. Miriam le gritó para que se diera prisa, y ahí fue cuando se dio cuenta de la situación. Aquella sensación, era como la que había vivido en esos libros. En su cabeza comenzó a montarse su propia historia. Esos policías... ¡Ya no eran humanos! ¡Y él no tenía armas! Empezó a entrar en pánico, dando largas zancadas, dejándolas atrás. Miriam miró a su hermana, y está, se dio prisa en alcanzarlo. La gente se quedaba sorprendida al notar como el viento se alzaba de repente, y al ver ese enclenque correr, creían que era una cámara oculta, pues era imposible que alguien con tan poca fuerza muscular pudiese alcanzar tanta velocidad.

Se tumbó en el banco de un parque, casi sin fuerzas. A lo lejos vio como las dos llegaban, y cuando se quedaron a su lado, se sentó:

-¿Qué ha sido eso de antes? -dijo Lucía jadeando- ¿De dónde sacas tanta resistencia?

-¡Ha sido flipante! -gritó Quijote- ¡Dios!

-¿Eres consciente de la situación? -preguntó Miriam- la policia ha podido pillarnos, algo mucho peor, darnos una tunda.

Quijote se quedó perplejo al escuchar eso, pensaba que la huelga estaba convocada. Miriam miró a su hermana, y ambas se rieron. Él no entendía que había dicho que hacia tanta gracia:

-Todo eso de convocarlas está bien, pero ya se lo esperan -explicó Lucía- si hacemos cosas como estas mas a menudo, la presión es peor, pues cortamos sin previo aviso muchas vías de acceso a la ciudad.

Miriam asintió. Al mirar al joven, se dio cuenta de que estaba muy solo, creyó haberle visto con una mochila. Al preguntarselo, Quijote se quedó sin saber qué hacer. Miró alrededor del banco, debajo de este, en las cercanías, pero nada de nada, no había rastro de ella. En su interior tenía las llaves, así como el telefono móvil. Se tocó el bolsillo, y suspiró al notar que las de su casa las tenía ahí, pero cuando se dio cuenta de que había perdido las de la moto, entró en pánico. Miriam lo tomó por los hombros, pidiendo que se calmara, pues tenía un sidecar, podían volver los tres, pero antes tenían que denunciar que había perdido sus pertenencias:

-¿Y qué le decimos a la policia? -preguntó Lucía de brazos cruzados- ¿Qué excusa ponemos? ¿Y si descubren que estabamos en la mani ilegal?

-¿Crees que al verle pensarían eso? -respondió Miriam levantando su ceja- nosotras tenemos más apariencia de ello, él parece un ratón de biblioteca.

Quijote no supo como tomarse aquello, pues le encantaba leer, pero con el tono de voz en el que se lo habían dicho, le hacía sentirse incomodo. Manifestó su malestar y Miriam le pidió perdón, pero que era algo que tenían que aprovechar para salirse con la suya. Lo tomó del brazo y le dijo que echara un poco de cara.

La agente le tomaba los datos en el ordenador. Quijote estaba nervioso, recordaba esos uniformes, los había visto en la manifestación, y ahora no podía evitar pensar que algo saldría mal. No paraba de menear sus piernas, a su lado estaba Miriam, que era mayor de edad y se estaba encargando de ser como su tutora. Lucía estaba afuera de la comisaría, lidiando con las ganas de fumarse un cigarrillo, tenía una reputación que mantener:

-Vale ¿Recuerdas las zonas dónde estuviste? -preguntó la mujer al chico-

Quijote giró su cabeza de una forma muy extraña, como si se tratase de un perro al no entender a su amo. Miriam se quedó flipando, nunca había

visto una expresión como esa. La agente la miró:

-Bueno, estábamos caminando tranquilamente, junto a mi hermana -murmuró- y de repente nos encontramos con unos manifestantes. Quisimos darnos la vuelta, pues no queríamos vernos envueltos en todo eso, y de repente la gente empezó a correr ¿A que sí?

Miró a Quijote, que al escuchar lo que ella había dicho, asintió sin más. La agente no estuvo muy convencida de ello, así que escribió en el parte. Cuando terminó, imprimió una copia y les aseguró que si encontraban, o sabían algo, les llamarían. Al salir del cuartel, Quijote suspiró, tenía el corazón a mil:

-A la próxima asegurate de no parecer un cocainomano, la agente estaba debatiéndose entre hacerte un examen o llamar al loquero -se quejó Miriam-

Se reunieron con Lucía, que no paraba de moverse de un lado para otro. Cuando los vio, les pidió que quería marcharse ya, pues no se aguantaba las ganas de fumar. Miriam se puso a la cabeza, y les guió hasta su sidecar. Lucía estaba acostumbrada a sentarse en él, así que Miriam le pidió a Quijote que se sentara detrás de ella, y que se sujetara con fuerza. Cuando se sentaron, ella notó como la cogía, con las puntas de sus dedos, un extremo de la chaqueta:

-¿Estás de coña? -le tomó de las manos y las puso por debajo de esta- no quiero perderte por el camino, ya he tenido suficiente.

Miró al frente, se puso su casco y arrancó la moto. Quijote sintió la adrenalina en sus venas, pues notaba la diferencia de conducción que había entre ambos. En un abrir y cerrar de ojos, se incorporaron a una gran carretera, donde se podía ir a más velocidad, cosa que a Quijote le entusiasmaba. Miriam sonrió al notar como él se tomaba con fuerza. Lucía, acostumbrada a las carreras, estaba en su salsa. Con cuidado, sacó un cigarro y con habilidad, consiguió que la llama de su mechero no se apagara por el viento. Se lo guardó y sacándose el cigarro de la boca, expulsó todo el humo de sus pulmones. Se incorporó a una autopista, Quijote miró a su alrededor, viendo como pasaban los coches con facilidad. Miró a Lucía, que cerraba sus ojos mientras fumaba con tranquilidad. De repente, notó como estaban girando. Se estaban metiendo por una pequeña carretera de campo. A lo lejos vio unas grandes casas, masías y campos. Miriam aminoró la velocidad y aparcó a un lado de la carretera de tierra. Lucía, de un salto, se quedó de pie en el suelo y esperó a que su hermana se quitara el casco. Miriam sacó la llave del contacto, se apoyó el casco en el brazo y bajó. Quijote aun seguía extasiado por el viaje. Lo ayudó a bajar y le explicó que llamarían a sus

padres desde casa:

-¿Qué hacemos aquí? -preguntó- esta no es vuestra casa.

-Sí lo es, más bien la de nuestra madre -contestó Lucía- ella vive en el campo, mi padre en la ciudad, están divorciados.

Quijote aseguró que lo sentía mucho, a lo que Miriam aseguró que no había nada que sentir, pues ambos eran felices así, y su madre, que muchas veces se iba a casa de su novio, dejaba la casa a solas, momento ideal para hacer fiestas. Quijote sentía que por momentos estaba madurando, pues nunca se había sentido cómodo en una situación, y en ese momento no se sentía para nada mal. Al entrar en la casa, pudo ver que los años la habían afectado, pero que estaba dotado del mayor de los lujos. Entraron en el salón, y Lucía se tiró encima del sofá para tomar el teléfono fijo, el cual se lo lanzó a Miriam:

-¿Cual es el número de tu casa?

Quijote se lo dictó y esta la marcó para luego dárselo. Se sentó en una silla, notando las miradas de las dos. El teléfono daba tono, pero nadie contestaba. Supuso que su padre estaría en la ducha o tendiendo la ropa, así que volvió a marcar el teléfono. Tras unos cuantos tonos, consiguió que se lo cogiera. Este le explicó lo que había ocurrido, que estaba en casa de unas amigas, y que necesitaba que fuese a por él:

-¿No pueden traerte? -dijo mientras sonaba afaenado-

El joven miró a ambas y estas dijeron que tenían que hacer cosas. El padre suspiró, diciendo que tenía planes, que estaba apunto de salir:

-¿Por qué no pillas un taxi? Tienes dinero de sobra.

Quijote le recordó todo lo que había pasado, haciendo que el padre cayese en la tontería que había dicho. Se hizo el silencio entre ambos. Quijote le pidió que dijese algo y escuchó como su padre bajaba la voz:

-Has dicho amigas ¿No? -preguntó el padre- ¿Por qué no te quedas con ellas y que te presenten a alguien?

-iPapá! -gritó- ¡Qué cosas dices!

El hombre explicó que es así como conoció a su madre, a base de las amistades de sus amigos, que había que echarle un poco de cara a las cosas si no quería quedarse solo. Quijote aseguró que estaba muy bien así, que no era una necesidad, a lo que el hombre contestó que ya le

Llegaría su hora:

-Dejemos ese tema de lado ¿Mamá no puede venir a por mí?

-Tiene turno de noche ¿No te has enterado de las noticias?

El corazón le dio un vuelco, su cara cambió tanto que Miriam se preocupó. Quijote reaccionó que no pasaba nada, que ya encontraría la forma de ir a casa. Colgó el teléfono y lo dejó encima de la mesa. Miriam se acercó, preguntando si se había llegado a poner de acuerdo con sus padres, a lo que él negó con la cabeza. Tomó aire y se levantó de la silla, rumbo hacia el exterior de la casa. Tomó el caminito de piedras, haciendo que las dos se quedaran preguntándose a donde iba. Cuando Lucia reaccionó, le empujó a su hermana diciendo que lo parara, que era capaz de irse caminando y la noche estaba apunto de echarse encima. Miriam corrió detrás de él, y lo tomó de la manga de la chaqueta, ofreciendole la idea de quedarse con ellas. Quijote recordó las palabras de su padre y un escalofrío lo entró en el cuerpo, negó con la cabeza:

-Te puedo prestar dinero -dijo Miriam- para un taxi.

-No puedo siempre depender de vosotras -dijo con un tono de voz heroico-

A Miriam le pareció lo más ridiculo que había escuchado en su vida, así que decidió ignorarlo. Lo tomó con fuerza de la muñeca, tirando de él hasta dentro de casa. Quijote se dejó llevar, no supo porque, pero no tuvo las fuerzas de oponerse. Lo sentaron en el sofá, se miraron la una a la otra, y decidieron invitarlo a la fiesta, aunque no debía interactuar demasiado, tenían una habitación de sobra donde se pudiese quedar.

La gente comenzaba a llegar, se reunían en las afueras de la casa, en unos cuantos muebles de jardín que había ayudado a sacar. Quijote estaba ayudando a Lucia en la cocina, preparando los aperitivos y la bebida. De vez en cuando, un olor dulce le llegaba a su olfato, y no podía evitar tener ganas de beber de una fuente que habían preparado con frutas y hielo. Ese color y ese olor afrutado le estaba matando. Tragó saliva, quiso aguantarse las ganas, sabía que era alcohol y era menor, no quería más problemas en su vida, y menos volverse a encontrar con la policia. Dejó de rellenar los platos con gusanitos y se sacudió las manos. Lucia, al ver que había terminado con su tarea, le pidió que subiese arriba a ver si Miriam ya estaba lista, ya que ella quería ser la siguiente en ducharse, y no podían hacerlo a la misma vez:

-¿Tengo que ser yo? -preguntó avergonzado-

-¿Quién si no? -dijo Lucia mientras ordenaba los platos- no pierdas más el

tiempo, que la gente quiere divertirse, Miriam es el alma de la fiesta.

Quijote asintió y subió las escaleras. Había estado poco en la planta de arriba, habían muchas puertas. Fue una por una hasta que dio con el cuarto de ella. Escuchaba el agua correr, se acercó a la puerta del baño que había en el interior, y dio dos toques. Miriam preguntó por quien era, y el contestó. Escuchó como el agua se paraba y la puerta se abría. Miriam estaba con la toalla puesta, mojada y con el pelo suelto, haciendo que Quijote no pudiera lidiar con aquello:

-¿Ya han llegado todos? -dijo sorprendida-

-Llevas una hora en la ducha, les ha dado tiempo de sobra -dijo timidamente- Lucía quiere ducharse también.

Miriam asintió, mientras pedía perdón. Entró dentro y salió con todas sus cosas. Sujetándose la toalla salió al pasillo, hacia las escaleras, y quedándose allí, gritó a Lucía para que subiese. Quijote salió afuera, y al ver como Lucía subía, preguntó que es lo que tenía que hacer mientras, ya que odiaba quedarse solo:

-De momento quedate con la gente, no te preocupes.

La puerta de la habitación se cerró, y escuchó como ambas hablaban y reían. Quijote bajó y se sentó en uno de los sofás, viendo como la gente iba de un lado para otro. Alguien puso la música y la gente gritó, agradeciendo que pusieran algo de ambiente. Notó como alguien se sentaba a su lado y al mirar, pudo reconocer que era uno de sus compañeros de clase. Este empezó a decir que era la primera vez que lo veía por ahí, que era sorprendente verle, y finalmente quiso saber de qué parte había venido. Explicó que estaba ahí por qué había tenido un problemilla, que era casualidad. El chico empezó a reírse, no le convencía demasiado aquello:

-Has tenido que ser invitado por una de ellas dos -le susurró- venga, no seas tímido, Miriam es mayor, ha tenido que ser Lucía, cuéntame la verdad.

Quijote explicó que había ido a recogerla a ella para llevarle a una manifestación. Quiso seguir explicando todo, pero se dio cuenta de que ese chico miraba al frente, y cuando desvió su mirada hacia allí, pudo ver a Alberto, la pareja de Lucía, mirarlo con cara de pocos amigos:

-¡Con que tenía que estudiar! -bromeó una de las chicas de su lado, golpeándolo en el brazo-

Alberto lo apartó para evitar que le siguiese golpeando, y se acercó. Plantándose de pie delante de él, lo miró, preguntando que es lo que

había pasado entre ellos dos. Quijote no entendía a que venía todo aquello, y el chico de al lado empezó a decir que le había salido competencia, que debía andar con cuidado. Poco a poco, la gente se dio cuenta del ambiente, las fiestas siempre se presentaban divertidas, pero no movidas, así que querían ver si eso cambiaba. Se fueron poniendo al lado, cerca de otros, cuchicheando, riendose de la apariencia de Quijote. A este se le empezó a cruzar los cables, la realidad se distorsionaba, hasta que escuchó un estallido. Miriam empezó a dar unas cuantas palmas y de vez en cuando a empujar a la gente, hasta llegar a meterse entremedias de los dos. Quijote reaccionó, sin poder recordar que es lo que había ocurrido:

-No pensé que los amigos de mi hermana pudieran llegar a ser tan gilipollas -se quejó- ni mucho menos que su novio lo fuera.

Alberto la miró de arriba a abajo, preguntando por Lucía. Miriam aseguró que se estaba duchando, pero que no le gustaba nada esa actitud, así que debería salir un momento a que le diese un poco el aire, y que si a ella se le terciaba, lo dejaría entrar de nuevo. Alberto se sorbió los mocos, se pasó la mano por la nariz y salió, sin mediar ni una palabra. El chico de al lado le lanzó una mirada a Quijote, que lo hizo sentir incomodo. Este le siguió con la mirada hasta que vio que también salía afuera. Miriam se acercó para preguntar si estaba bien:

-A la próxima no dejes que te digan esas cosas -respondió ella- ¿Has visto lo rápido que se le han bajado los humos?

Quijote notó que ella tenía razón, pero no sabía por qué siempre se quedaba sin palabras en momentos como ese. Deseaba haber nacido con más valentía para enfrentarles. Todo el mundo volvió a sus puestos, a hablar como si nada hubiera pasado. Se volvió a sentar. Miriam notó que necesitaba animarse un poco, así que se acercó a la cocina para traerle algo de beber. Se sentó a su lado y le ofreció el vaso:

-¿Qué es? -preguntó Quijote-

-No te preocupes, no pasarás del suelo, tú bebe y relajate un poco -tomó su mano para que se agarrara al vaso- si lo necesitas, puedes quedarte a dormir aquí, aunque creo que ya lo harás.

Quijote, rodeando el vaso con sus manos, miró al interior. Ese olor, era el que tanto le había apetecido. Le dio un largo trago, haciendo que ella se sorprendiese. Lo paró para que no se lo bebiese de una, pues podría sentarle mal, pero para su sorpresa, vio que estaba de una pieza. Quijote dijo que estaba bueno, que querría más cuando se terminara. Lucía bajó por las escaleras, la gente comenzó a saludarla, y vieron como se

acercaba a ellos. Al ver que su novio no estaba en la fiesta, se preocupó:

-Está fuera, haz el favor de hablar con él -dijo Miriam mirando a Quijote-

-¿Qué ha pasado? -se quedó extrañada- ¿Por qué lo miras?

Miriam cerró sus ojos, no podía creer que su hermana pudiera ser tan tonta en algunos momentos, y eso que aun no había bebido. Se disculpó con Quijote, pues tenía que hablar con Lucía a solas. Quijote aseguró que no le importaba, se bebió lo que le faltaba en el vaso y fue a por más. Apoyado en la encimera, notó como la gente le miraba, algunas chicas ya no tenían esa mirada de asco que siempre notaba en ellas, parecía que algo había cambiado. Se sirvió e incomodo, decidió darse la vuelta. Dio unos cuantos tragos, mirando la nevera, nunca había pensado tener un día tan movidito como ese.

Tumbado en el sofá, empezaba a ver que el mundo le daba vueltas. No escuchaba voces ni música, solo una mezcla muy distorsionada de ello. Escuchó una voz familiar por encima de todo eso. Alzó su mirada, dilatada por el alcohol, y cuando se dio cuenta de que era Miriam, le sonrió, diciendo que había pasado mucho tiempo desde que se habían visto:

-Me arrepiento de haberte dado alcohol -dijo mientras lo incorporaba- ¿Te encuentras bien?

Quijote no entendía nada, pero asentía, haciendo que Miriam entendiese que le iba perfectamente. Le ofreció acompañarlo a que le diese un poco el aire, y tomándolo en peso, se lo llevó afuera. Al salir, ella se dio cuenta de que no llevaba llaves, y le pidió que se quedara ahí un momento. Quijote se apoyó con la espalda en la pared. Escuchó un ruido entre los arbustos de enfrente, y alarmado, se incorporó. Caminó hacia allí, curioso por saber que era lo que se movía. Cada vez estaba más cerca del lugar. Unos chavales, uno de ellos embriagado hasta las cejas, estaba intentando mantener relaciones sexuales con la chica. En la cabeza de Quijote vio que el chico no era humano. Gritó que no podía permitirlo, y se abalanzó sobre el chico, tirándolo al suelo. La chica, se alejó de ellos dos como pudo. Miriam se la encontró de cara, preguntando que es lo que estaba ocurriendo:

-¡Ayuda! -señaló hacia la zona- ¡Alguien me ha ayudado y puede que ahora pueda pegar!

Miriam, al ver que Quijote no estaba donde lo había dejado, pensó que era él quien se estaba haciendo el heroe, y corrió con prisa. Para su sorpresa vio a Quijote, encima de este, propinandole hostias como panes, hasta el punto que el chico pedía piedad. Miriam los separó y tomó al agresor de la chica con sus propias manos. El joven comenzó a pedir que no llamaran a la policia, que había sido un error, pero Miriam aseguró que no podía dejar

que se fuese de rositas.

Los policia se llevaron al chico, sin esposar, pero con toda la prudencia del mundo. Quijote estaba sentado en el peldaño de la puerta de entrada, luchando contra el sueño. Lucía estaba al lado de la chavala, que aun se encontraba en shock, y le ofreció llamar a una ambulancia. Miriam, que miraba como se llevaban a aquel capullo, desvió su mirada hacia Quijote. En su cabeza nunca se le llegó a pasar que ese flacucho pudiera sacar tantas fuerzas. Se acercó a él, pidiendole que debía ir a la cama:

-¡No, aun no puedo ir a la cama!

-¿Por qué? -preguntó Miriam- ya es de madrugada.

Quijote levantó el dedo al cielo, diciendo que tenía que luchar contra las hordas zombie, que ese era el primero, pero que no sería el último, pues en la tarde no se había atrevido a enfrentarlos, y ahora había una epidemia, que su madre estaba luchando para encontrar una cura, y que su padre, bueno, su padre ponía lavadoras, que siempre estaba bien tener ropa limpia para luchar con buen olor:

-Sin duda alguna, necesitas ir a la cama.

Lo tomó con fuerza y pasó su brazo por su cuello. Lo arrastró al interior de la casa, y poco a poco, subio a la siguiente planta. Entraron en una habitación, y conforme lo dejó, allí se quedó.

Capítulo 3

CAPÍTULO 3 - EL METRO

Abrió sus ojos y la luz lo deslumbró. Cuando se incorporó, sintió que lo había hecho demasiado rápido, y un dolor de cabeza le atizó. No reconocía el lugar, sus sueños parecían no haber terminado y cuando reaccionó, se puso de rodillas sobre la cama. Recordó que había llegado ahí tras una gran horda de zombies a la que no pudo enfrentar, y que mató a uno con sus propias manos. Empezó a escuchar ruidos extraños al otro lado de la puerta. Saltó de la cama y empezó a buscar por todas partes algo con lo que defenderse. El ruido que hizo propició que llamara la atención de lo que había al otro lado de la puerta. Quijote, nervioso, arrancó la lámpara del enchufe y la tomó mientras apuntaba la puerta. Miriam se quedó de pie, sorprendida por verlo así. Le hubiese dado miedo de no ser que estuviera semidesnudo y estuviera en ese momento matutino. Cuando el joven se dio cuenta de que aquello que sentía no era real, pudo ser consciente de donde ella estaba mirando, haciendo que se tapara con la lámpara:

-Si te preocupa que te haya visto así, no te preocupes -dijo lanzándole la ropa limpia- fui yo quien te desvistió.

Quijote recogió todo y avergonzado, comenzó a vestirse. Escuchó unas voces en el salón, que cuando las reconoció, no cupió en su asombro. Pasó con prisa por al lado de Miriam y bajó las escaleras como un relámpago. Cuando entró en el salón, sus padres le dieron los buenos días. Este les saludó, aun atolondrado por todo lo que había ocurrido, y al ver que estos estaban hablando con Lucía, sintió cierta preocupación:

-Menuda fiesta ¿eh? -dijo el padre con una sonrisa- ¿Cómo va la resaca?

El joven no entendía por qué sus padres estaban ahí, a lo que la madre respondió:

-Estábamos acostumbrados a que te marcharas de casa, pero siempre te encontrábamos en la cama al día siguiente, al ver que no estabas y tu padre decirme esto, le obligué a venir, pues no sabía si serías capaz de volver tú solo a casa.

Miriam, que bajó con todas las sabanas echas un ovillo, explicó que habían llamado a casa, y que les había dado la dirección. Su madre asintió, añadiendo que también le había explicado lo que había hecho ayer, y Quijote se sacó las manos de los bolsillos alarmado:

-Ya hemos hablado con la chica a la que salvaste -dijo su padre- quiere

recompensarte por ello.

Quijote se rascó la cabeza, no recordaba nada, salvo el sueño que había tenido. En ese si que había salvado a una chica, pero tenía ciertos límites en sus ensoñaciones, pues sabía que aquello no había sido real. Cuando Miriam terminó de poner la lavadora, se acercó intentando refrescarle la memoria, pero el joven siguió sin entender:

-Es su primera fiesta -añadió Lucía- es normal que no se acuerde de nada, pero lo hará, pues está dando de que hablar.

Tomó su taza con la que se había tomado la leche y pasó por al lado de Quijote. Sus padres le hicieron ver que ya era hora de marcharse, así que los dos se fueron al exterior diciendo que lo esperarían en el coche, que se despidiese de sus amigas. Quijote se dio la vuelta, y mientras las hermanas hacían sus labores de casa, les pidió perdón por cualquier cosa, ya que no sabía que había hecho en realidad. Las dos se miraron, y empezaron a reírse, haciendo que el joven se sintiese incomodo.

En el coche, se hablaron de muchos temas, entre ellos que una chica muy maja les había llamado de la comisaría, para informar de que alguien había llevado sus pertenencias y que deberían pasar a recogerlas. Quijote preguntó si podían llevarle, pero la mujer negó, pues debían desviarse hacia el hospital para dejarla a ella, ya que su hora para asuntos propios ya había terminado, y su padre debía ir a una entrevista de trabajo. Tras pasar unos segundos, la mujer midió sus palabras y decidió añadir algo:

-Vayamos al hospital, pues cerca de este hay una boca de metro ¿Por qué no se baja ahí?

-Ya sabes como es nuestro hijo -dijo en voz baja el hombre-

Los dos se miraron y suspiraron. El padre miró a través del espejo retrovisor.

Cuando llegaron al hospital, paró en una zona distinta a la que solía ir su madre, y esta le pidió que se bajara con ella. Quijote tragó saliva, no le gustaba ese edificio, pero su madre le dijo que no iba a entrar, si no que le iba a guiar para que tomara el metro. Le dio su bono y le dijo como debía utilizarlo, así como el tren que tenía que coger y en que parada bajar. Quijote no vio el peligro, pues aun estaba con la adrenalina del día anterior. Le pidió que se lo repitiese todo y una vez escuchadas las indicaciones, se despidió de ella con un gran y largo abrazo. Llegó a la boca, bajó las escaleras emocionado, corrió hacia esas máquinas raras y puso el tiquet sobre el sensor. Se fijó en las señales y tomó el lado correcto. Bajó las escaleras mecánicas, por la parte derecha como dicen las normas, y cuando llegó abajo, se dio cuenta de que aquello estaba plagado de gente. Se quedó estupefacto, pues en su sueño había estado

en un lugar similar a ese. Empezó a ponerse nervioso, hasta el punto que tuvo que sentarse en uno de los bancos, lo más alejado posible de la gente, pues no supo por qué le había tocado la hora punta. Se abrazó asimismo y miró al frente, no quería cruzarse la mirada con nadie.

La gente hablaba de sus cosas, leía, tomaba algún snack de maquina, miraba el panel con los horarios, se acercaba al límite y lo sobrepasaba, asomándose aun sabiendo que el tren ni estaba cerca, todo muy cotidiano, pero raro para el pobre Quijote. Tragó saliva y trató de cerrar sus ojos, pero aquello solo intensificó los ruidos a su alrededor. Se tapó las orejas con las manos. Notó como el suelo vibraba, los abrió ligeramente y notó un aire recorrerle de arriba a abajo. Algo pasó por delante, y cuando reaccionó, pudo ver que era el tren. Miró el horario y supo que era el correcto. La puerta se abrió y de esta salió un montón de personas, le entró temblores en las manos, pero las apretó. Cuando dejó de salir gente, corrió y saltó en el interior, haciendo que la gente de su alrededor se quedara sorprendida, pues parecía un loco. Se alargó la manga para cubrir la mano y se agarró a uno de los palos. Tenía que bajarse en un par de paradas, así que no quiso ni sentarse, y aunque tuviese que hacerlo por comodidad, ni se atrevería.

Su parada, la gente se aglomeró en la salida. Él fue el último en quedarse en la fila, moviendo sus manos con nerviosismo. La puerta se abrió y todo el mundo comenzó a salir. Se dirigían a las escaleras. Salió, sintiendo que había superado aquel infierno, pero de repente, unos gritos le alarmaron. Un hombre mayor trataba de evitar que le robaran su maletín de trabajo, mientras gritaba a pleno pulmón que alguien le ayudase. La señal acustica del tren anunciaba que estaba a punto de marchar, momento el cual el ladrón aprovechó para empujar con fuerza el hombre y arrebatarse aquello. Al ver como el malechor corria, Quijote perdió el control, viendo en aquel hombre otro de sus idealizados no muertos. Decidió dirigirse hacia él, estuvo a punto de pasarle por al lado, pero le cerró el paso haciendo que el ladrón perdiese el equilibrio al esquivarlo. En el suelo, trató de levantarse, pero vio como Quijote se le echaba encima, tomándolo del cuello de la camisa. El hombre, al ver que su oportunidad de escapar se desvanecía, le dio un cabezazo al joven, haciendo que se cayera atrás con la nariz ensangrentada. Creyó que aquello mantendría al joven a raya, pero cuando se puso de pie, notó que una de sus piernas pesaba más de la cuenta, y ahí es cuando se dio cuenta de que Quijote lo estaba sujetando. Sin pensárselo dos veces y con el maletín, le propinó tal golpe que hizo que el adolescente no le quedara otra que soltarse, pero en ese momento, vio como dos personas de seguridad corrían hacia ellos. Uno de ellos se abalanzó contra el ladrón, dejándolo en el suelo y el otro se acercó a Quijote, mientras le preguntaba si se encontraba bien. Lo ayudó a sentarse con cuidado, y vio como el hombre, ya con su maletín en la mano, le agradecía por ser el único en ayudar. Quijote no entendía nada de lo que decían, pues aun estaba aturdido. Una revisora del tren, se acercó con una botiquín, se puso de rodillas delante de él, diciendo que le

iba a curar esas heridas y que lo llevarían al hospital para que le hiciesen un buen examen. Al ver que lo iban a tocar, se movió para evitarlo y aseguró que tenía prisa.

Consiguió llegar a comisaría, después de haber dado un par de vueltas y hacer que la gente se quedara mirando a su cara magullada. Al entrar, pudo ver que en la recepción no estaba la chica de siempre, ahora había un chico entrado en sus quilos leyendo un periódico. Se acercó y intentó explicar que estaba ahí para tomar sus cosas:

-¡Sí, sí! ¡Pasa, pasa! -dijo el hombre mientras lo dirigía a una zona distinta-

Cuando entró, pudo ver a un montón de gente, con moratones en la cara, cabizbajos y algunos con los brazos cruzados, mientras eran regañados por sus padres. Se sentó en la única silla libre a ambos lados y decidió esperar.

Tras unos largos treinta minutos, le tocó su turno. Un agente le instó para que no perdiese el tiempo y al entrar vio a la muchacha que antes estaba en recepción. Los dos se miraron, reconociendos. Se quedó sorprendida al ver su cara y le preguntó por lo que había ocurrido. Quijote no supo que contestar, a lo que la chica le dijo que esperase un momento. El agente que la acompañaba en todo momento, la siguió afuera y cerraron la puerta. Quijote empezó a sentir sudores fríos, no entendía como había podido aguantar en un sitio así. Trató de tranquilizarse, había vivido muchas experiencias en menos de dos días. La chica volvió a entrar, con su mochila entre las manos. Quijote se emocionó, de nuevo tendría sus pertenencias, solo tenía ojos para ella, pero de repente, fue arrebatada de su alcance. Miró a la agente y preguntó que es lo que ocurría:

-Verás, necesitamos hacerte un par de preguntas, prometo que será breve y podrás tener tus cosas de nuevo ¿Vale?

-¿He hecho algo malo? -preguntó Quijote-

La chica negó y a la vez asintió, aseguró que querían salir de dudas porque tenían ciertos detalles que chocaban con la versión que había contado en el día anterior. El joven no entendía nada, pero vio como el agente que antes la había seguido, se ponía detrás y lo levantaba de la silla. Lo empujó hacia el exterior con cuidado de no hacerle daño y lo entraron en otra sala. Le pidieron que se sentara y se llevaron consigo la mochila. Enfrente de él había otro chico, que al alzar su mirada, se quedaron mirándose fijamente. Ambos sintieron que se habían visto en otro lado, pero no sabían donde.

Capítulo 4

CAPÍTULO 4 - AMISTAD

No sabía que le dolía más, si su nariz magullada o las palabras de su madre. Aunque pareciese que todo iba como siempre, sus padres le habían castigado sin poderse comprar el próximo tomo del comic que estaba leyendo. Se les había olvidado su acto heroico, y encima no se creían que aquello que le había ocurrido no era por una pelea. Suspiró y apoyó la cabeza en el pupitre, mientras escuchaba como el profesor explicaba la lección. En la fila que estaba pegada a la pared, al fondo de donde estaba mirando, pudo ver como Lucia escribía. Parecía estar muy concentrada escribiendo todo lo que escuchaba. A Quijote le tranquilizó aquello, pues ahora debería demostrar a sus padres que hacia algo bien, pues necesitaba hacer que creyesen en él. Poco a poco se cerraron sus ojos hasta que notó como algo le golpeaba en la coronilla. Cuando miró que había sido lo que le había tocado la cabeza, pudo ver un trozo de papel encima de la mesa. Lo desplegó y reconoció la letra pulcra de Lucia. <>. Quijote no pudo creer que lo que estaba escribiendo era aquello. La arrugó y disgustado volvió a apoyarse en la mesa. Notó como alguien le estaba observando, y cuando miró de reojo hacia su derecha, pudo ver como ella lo estaba mirando. Suspiró y miró hacia el otro lado. No supo que era peor, si mirarla a ella o al cotilla del amigo de Alberto, la pareja de esta. Algo volvió a golpearlo, y enfadado, gritó sin darse cuenta a Lucia. Todo los compañeros se quedaron mirando, y cuando se dio cuenta de que era una tiza, su cara cambió de color. Miró al frente, viendo como el maestro se cruzaba de brazos:

-Señorito, si no quiere hacer nada, no tiene por qué estar aquí -lo regañó- me parece una falta de respeto hacia mi persona, pues estoy esforzandome para que hasta tú puedas ser alguien de provecho.

Quijote se sintió entre la espada y la pared. Tragó saliva e intentó volverse a sentar, pero el profesor no le dio esa oportunidad, pues señaló la puerta para que se marchara fuera. Tomó su mochila, y mientras se la echaba a la espalda, abandonó el aula, no sin antes ser testigo de algunas miradas de las amigas de Lucía, cosa que le incomodó bastante.

Acabada la hora, Quijote pudo volver a entrar, no sin antes recibir una reprimenda por el profesor. Cuando terminó con él, lo dejó ir, así que volvió a sentarse en la silla. Nada más tocar el trasero con esta, vio como Lucia tomaba la silla de la mesa de delante y la volteaba para sentarse de cara a él:

-¿Cómo lidias con la fama? -preguntó Lucía- ¿Muchas chicas?

-Sí, pero por lo que puedo saber, las agentes están casadas o prometidas
-respondió con sarcasmo-

Sacó el libro de la hora que estaba por comenzar y se quedó sentado, mientras miraba hacia las ventanas:

-Entiendo tu enfado, creí que entenderías que no era guay delatar a tus amigos -contestó Lucía- no podemos dejar que la policía sepa de nosotras, por eso decidimos decir algo distinto a lo que tu les dijiste. Además, nos lo dejaste fácil con esa cara.

Intentó aguantarse la risa, mientras preguntaba como se lo había hecho, intentó bromear, pero vio que Quijote no estaba de buen humor, así que decidió parar. El adolescente trató de decirle algo, pero fueron interrumpidos. Cuando Quijote vio a ese chico, se quedó sorprendido:

-¡Eres tú! -gritó mientras el chico trataba de taponarle la boca-

-¡Sí, joder! -respondió el chico mientras intentaba que Quijote no lo apartara- ¡No grites, que nadie puede saberlo!

Lucía se quedó mirándolo, preguntándose donde lo había visto antes, y cuando se miró a la camiseta, chascó los dedos. Era el tendero de las camisetas de temática antifascista:

-¡Él mismo! ¡Raul Sanchez! ¡Encantado!

-Espera ¿De qué os conocéis vosotros dos? -preguntó Lucía-

Raul aseguró que también tenía que hacer esa pregunta, porque le daba curiosidad saber la historia que había detrás de dos de los personajes más conocidos del instituto. Una por ser demasiado popular, y otro por pasar muy "desapercibido". Quijote frunció su ceño y Raul se disculpó, diciendo que no era su intención decirle nada malo, pero que no podía evitar ser así:

-He estado hablando con tu hermana y tengo un regalo para vosotros -añadió Raul-

-¿Nosotros? -preguntó curiosa-

Raul les señaló a ambos y Lucía asintió sorprendida. Raul aseguró que lo siguiesen a su clase, que lo tenía allí mismo. Quijote no tenía ganas de moverse, pero Lucía lo tomó del brazo, tirando de él casi a cuestas. Al salir al pasillo, se toparon de frente con Alberto, que pasó por al lado sin decir nada. Lucía no parecía tener tampoco mucho interés por él, y a Quijote le saltaron las dudas, pero sabía que no era incumbencia suya. Al entrar, pudo ver que todo el mundo se le quedaba mirando. Se le hacía

incomodo y se sentía al borde de explotar. Desvió la mirada y se pararon delante del pupitre. Raul puso la mochila encima de la mesa y sacó un par de bolsas de plástico, las cuales envolvían una prenda:

-Abridlas -respondió Raul mientras dejaba la mochila en el suelo- os pediría que os la probaseis, pero es obvio que aqui no es el momento.

Lucía se puso la encima suya. Era de color morada y con mensajes feministas. Quijote tardó un poco más, no estaba acostumbrado a recibir regalos de personas que no conocía, pero no podía negarse delante de tantas miradas. Cuando la abrió y la desplegó, sintió un flechazo en su corazón. No sabía como habían sacado esa imagen de él, pero era Quijote en forma de zombie:

-Parece que le ha gustado ¿Cómo sabias de sus gustos? -preguntó Lucía a Raúl-

-Fue tu hermana -respondió Raul- un día me contactó por la noche y me lo encargó, le hice una de más a ella, me pasará luego por la tienda.

Quijote tomó la camiseta con una mano, miró fijamente a Raul. Se acercó con decisión y lo abrazó con fuerza, haciendo que todo el mundo se sorprendiese. El estilista comenzó a golpearle la espalda, diciendo que parase, pero Quijote no escuchaba, hasta que Lucía lo separó diciendo que lo estaba ahogando.

Capítulo 5

CAPÍTULO 5 - MADUREZ

El fin de semana se presentaba un poco difícil. El castigo aun pesaba sobre sus hombros, pero cuando se reunió con la familia durante el desayuno, parecían de buen humor. Se sentó en la silla y tomó su bol, para llenarlo de cereales y después verter la leche. Miró a su madre y está le entregó una cuchara. La metió dentro y esperó a que los cereales se hicieran un poquito más blandos. La hundió en su interior y disfrutó de ellos. Su padre dejó la tablet encima de la mesa, harto de siempre leer las mismas cosas y de descubrir que todas eran falsas. Cruzó sus manos, entrelazando sus dedos, y miró a su hijo. Quijote se dio cuenta de que lo observaba, así que dejó de comer y se pasó una servilleta por la boca:

-¿Ocurre algo? -preguntó dejando la cuchara en su interior-

-Tu padre está feliz porque ha encontrado su ropa de cuando era joven - respondió la madre- y alguna de ella aun se la puede poner, su barriga cervecera no se lo ha impedido.

-No seas así cariño, no mientas, a ti también te ha gustado verme con esos pantalones -respondió él levantando las cejas- ¿A qué si?

-Sigue estando aquí -dijo Quijote mientras miraba hacia otro lado-

Su padre tosió un poco y su madre pidió perdón. Siguieron desayunando, hasta que el hombre le ofreció a su hijo regalarle algunos de esos pantalones, que no le venían, y que no le hacía gracia tener que tirarlos. Quijote se lo pensó durante un rato, asintió, pero antes quería ver como eran.

Los tres se quedaron mirando al espejo, viendo lo bien que le quedaban esos pantalones. Su madre no podía creer que con tan solo una prenda su hijo pudiese cambiar tanto. El padre alzó su dedo y aseguró que tenía que buscar algo. Sacó un montón de camisas de botones, de mangas cortas y con diferentes diseños, a cada cual más llamativo que el anterior, así como un par de gafas de sol. Le quitó la sudadera a su hijo, dejándolo con el torso desnudo, le puso una camisa roja y las gafas de sol. Los padres se quedaron mirándolo con los brazos cruzados, sorprendidos, porque era la viva imagen de su él mismo, su padre:

-Sin duda no me metiste los cuernos con ese hombretón de la discoteca - bromeó el padre-

La madre le atizó con la mano en el hombro, mientras este se reía de ella. Quijote se dio la vuelta para observarse en el espejo. Vio como su padre

se acercaba por detrás, ponía sus cabezas sobre la cabeza, y le levantaba el pelo diciendo que necesitaría un poco de gomina, y sería un chico nuevo.

Se echó la mochila a la espalda. Con las llaves de la moto entre sus manos, se quedó en la puerta y se despidió de sus padres. Se sentó sobre la vespa de color blanco y poniéndose el casco en la cabeza sin desabrochar, arrancó el pequeño vehículo. Cada vez se acostumbraba a llevarla con mas soltura. El instituto estaba a diez minutos de casa en moto. A lo lejos vio como el edificio se asomaba, aminoró velocidad, y se metió en el carril de bicis. No había ningún profesor cerca, así que pudo entrar con el motor en marcha. La dejó aparcada y caminó hacia el interior. De repente, de reojo, pudo ver como un grupo de chicas se quedaba observandolo, mientras cuchicheaban algo. Quijote estaba acostumbrado a aquello, pues era popular, de las peores formas posibles. Nada más entrar, pudo ver a Lucía, pero cuando fue a saludarla, esta se dio la vuelta y subió las escaleras, sin dedicarle ni siquiera una mirada. Sorprendido, porque no entendía nada, decidió seguirla de cerca, con temor de que pensara que le estuviera observando el culo. Llegaron a la segunda planta, y entraron en el pasillo. Cada uno se dirigió hacia su taquilla. Quijote no podía evitar de lanzarle miradas, no entendía porque, pero sentía la necesidad de hacerlo. Cuando esta se la devolvía, la desviaba rapidamente mientras tragaba saliva.

Tomaba apuntes de todo lo que escribía la profesora en la pizarra. Había aprendido la lección de estar desconcentrado durante el fin de semana. Alzó su cabeza y memorizó alguno de los datos, cuando de repente escuchó como alguien lo llamaba. Decidió no hacer caso hasta que no escribiese todo en la libreta. Cuando terminó, la persona seguía insistiendo, así que se echó hacia atrás, apoyandose en el respaldo de la silla, y miró hacia todos los lados, hasta que descubrió que era el amigo de Alberto:

-¿Todo bien por el paraiso? -dijo entre risas-

Quijote no entendió que es lo que le estaba intentando decir, así que frunció su ceño y no dijo nada, pero ahora se acordó de ella. Decidió mirarla. Ella estaba concentrada, mirando hacia la pizarra. La hora se terminó, la campana comenzó a sonar y todos se levantaron para dirigirse hacia la siguiente clase. Quijote la perdió entre toda la gente. Frustrado, se levantó de la silla y metió todo dentro de la mochila. De nuevo, se dio cuenta de que un par de chicas lo observaban, entre ellos, un chico. Parecía que se estaban riendo de él. Cada vez entendía menos lo que estaba ocurriendo durante ese día. Lo único bueno que iba a ocurrir es que se iba a sentar junto a Raúl, su nuevo colega. Se echó la mochila a la espalda y caminó hacia el exterior.

A Raúl le llamaba el estilo que había elegido para ese día. Siempre iba ataviado con sudaderas y pantalones anchos, pero ese look ajustado le encantaba. Quijote, lo miró con disimulo para evitar que el profesor se diese cuenta de que hablaban, y aseguró que no entendía a que venía tanta importancia:

-No es que sea importante -susurró Raúl- pero envidio tu físico, ya me gustaría ser tan delgado para lucir un look como esos, de malo te de los 80.

-Siento que no eres el único que se ha dado cuenta, aunque creo que ellos no tienen nada que envidiar.

Raúl no entendía nada, pidió que se lo volviese a repetir. Cuando Quijote lo hizo, este supo que es lo que quería decir, y que había él percibido de la situación, pero estaba muy equivocado:

-¿No se estarán fijando en ti? -preguntó Raúl- ¿Cuántas veces se han fijado todas las chicas en mí?

-No tengo ni idea -respondió Quijote- pero se estaban riendo.

Raúl le preguntó si sabía distinguir la risa de una sonrisa, y el sonrojo de una asfixia, cosa que Quijote no supo que decir a eso. Raúl suspiró y aseguró que no debía preocuparse de nada, pero que si tenía alguna duda, que ya lo hablarían en casa de su hermano cuando se reuniesen con Miriam:

-¿Con Miriam? ¿Y Lucía?

La campana sonó y la gente se levantó, deseosa de ir al patio. Raúl tenía que ir a la biblioteca, así que le dijo que ya hablarían luego. Quijote se quedó con la palabra en la boca, y de nuevo notó como todos lo miraban. Decidió desviar su mirada, porque odiaba que lo mirasen tanto, le hacía sentir como si estuvieran deseosos de comerle el cerebro.

Capítulo 6

CAPÍTULO 6 - SOLEDAD

Quijote había sido mandado al sótano de la casa para que recogiera todas las camisetas. Cuando llegó a este, vio una enorme estantería, con todas estas aun metidas en sus bolsas. Raúl no le pidió que le trajera todas, pero si que tomara dos de cada color, para ir trabajando con la variedad. Cuando las apiló todas, intentó tomarlas de una sola vez, creyendo que no iban a pesar, pero creyó mal. Sacó todas sus fuerzas y se hizo con ellas escaleras arribas. Sin esperarselo, Raul lo ayudó con estas:

-Creí que te habías perdido -dijo Raúl mientras caminaba delante de él- ¿Quieres algo para tomar?

Quijote negó y apoyó las camisetas donde él las había puesto. Los dos estaban solos, y creía que Miriam iba a venir. Raúl sacó la camiseta que se acababa de imprimir, y la extendió para ver el resultado de su nuevo diseño. Se la puso sobre él y la mostró a Quijote para saber su opinión. Este solo levantó el pulgar y le entregó otra. Raul hizo ese proceso durante un par de horas, hasta que el timbre sonó:

-¿Vas tú? -le pidió Raúl-

Este asintió y caminó hacia la puerta. Cuando la abrió, pudo ver a Miriam, quitandose el casco mientras mecía la melena de un lado para otro. Hacía un par de días que no se veían, así que lo abrazó, sorprendiendo al joven. Pasó por su lado y este cerró. Se reunieron todos en la habitación y Raúl preguntó por Lucía:

-No ha querido venir al final, ha preferido reunirse con nuestros otros compañeros en el bar.

-¿Qué le pasa últimamente? -se interesó Raúl- ¿Lo sabes?

Miriam miró a Quijote, asintió mientras decía que eran cosas de chicas, y que era mejor no atosigarla demasiado. Raúl entendió a la primera, pero el joven se quedó a cuadros. Preguntó para que se lo explicaran, pero prefirieron no hacerlo:

-¿Cómo van las nuevas camisetas? ¿Estarán listas para la proxima mani?

Raúl se ajustó las gafas y esperó a que la siguiente saliera. Cuando la tomó entre sus manos, le pidió a Miriam que juzgara ella misma. Sus ojos la delataron, se había enamorado de ese diseño. Raúl se la entregó, diciendo que esa se la podía quedar, que invitaba la casa. La chica la dejó a un lado, esperando a que se secara, y se giró hacia Quijote para

preguntarle como le estaba yendo con las lesiones de la cara. Este aseguró que había estado mejor en otras ocasiones.

Salió la última camiseta y Raúl se secó el sudor de la frente. Tomó unos cuantos cartelitos, y ofreció la idea de que ellos pusieran precio a todas las camisetas. Quijote no entendía de negocios, así que fue Miriam quién puso el valor. Cuando Raúl se fijó en los precios, estuvo de acuerdo en aquello, no era muy caro, pero le daba suficiente para comprar la siguiente tirada y dar rienda suelta a su imaginación:

-¿Qué haceis con el resto del dinero? -preguntó Quijote-

-Financiar nuestro propio grupo -respondió Raúl- y entregarlo a ONGs que necesiten el dinero.

-¿No te quedas ni un centimo? ¿Cómo vives entonces?

Raúl se volvió a ajustar las gafas y explicó que vendía sus propios diseños, para tiendas de personalización de camisetas. De ahí es donde sacaba todo el dinero para poder vivir, ya que él y su hermano eran huérfanos. Quijote se quedó sorprendido y lo elogió por su valentía. Miriam zanjó toda aquella charla motivacional, tomando algunas de las camisetas, diciendo que no quedaba mucho tiempo, ya que algunos de los compañeros debían irse a casa a estudiar, así que era ahora o nunca. Raúl le entregó un par de camisetas y le pidió que lo siguiera.

Se habían sentado en una mesa. Quijote se sentía fuera de lugar, y encima observado, pero de una forma hostil. Justo delante de él estaba sentado Alberto, y a su lado Lucía, que seguía sin devolverle la mirada. Miriam al lado de este, en todo momento mirándolo de reojo y al otro lado, Raúl, que explicaba la estrategia a seguir para las próximas movilizaciones:

-¿Quién ha puesto los precios? -preguntó el amigo de Alberto-

-Los he puesto yo -refunfuñó Miriam- ¿Algún problema?

-¿Te crees que trabajamos gratis? Aquí no nos va a sobrar nada.

Raúl quiso intervenir, pero Miriam alzó su mano y pidió que la dejara. Esta le explicó que aquello era activismo, no trabajo, que todo era voluntario, y la voluntad no era para sacarse los cuartos, que si quería dinero fácil, que se buscara un trabajo donde lo aguantaran. Alberto saltó a defender a su mejor amigo, y las cosas se complicaron, hasta que dos de los compañeros llegasen a la misma conclusión. Que el nuevo, es decir Quijote, se encargase de la venta de las camisetas, y que ellos se

dedicarían a otras labores:

-¿Por qué decidís eso sin preguntarle antes? -preguntó Raúl molesto-

-No creo que le moleste, es un heroe ¿Verdad?

Miraron a Quijote, haciendo que se sintiese un poco mal, no entendía a que venía toda esa actitud hacia su persona. Miriam le dijo que era hora de marcharse, y se levantó del sofá del bar mientras lo tomaba de la mano. Al salir del establecimiento, se quedaron de pie sin saber a donde ir, era demasiado pronto. Raúl también lo hizo y se quedó junto a ellos, preguntando si iban a dejar a Lucía a solas con esos energúmenos:

-He intentado hablar con ella -aseguró Miriam- pero no ha querido hacerme caso, es su decisión.

-¿Volvemos a mi casa y os invito a cenar pizza? -preguntó Raúl- mi hermano se queda en casa de su pareja a dormir esta noche.

Miriam asintió y Quijote, que no tenía muchas ganas de volver a su casa, asintió.

De camino a esta, fueron por un camino distinto, pasando por delante de una tienda de comics. Quijote se quedó parado, mirando el escaparate. Estaba expuesto el siguiente número de la historia que seguía. Miriam se puso al lado, mientras Raúl esperaba en el paso de cebra a que el semáforo se pusiera en verde para los viandantes:

-Te gustan mucho los zombies -dijo Miriam alucinada- tiene mérito, a mi ese tipo de historias siempre me han aburrido, me hacen sentir claustrofóbica.

-Me siento comodo leyendolas -respondió el Quijote- sería un heroe en ellas.

-No sé porque hablas como si ya no lo fueras -respondió sorprendida-

-No me siento como tal -contestó- ¿Cómo supiste que me gustaban los zombies?

Miriam se quedó con cara de situación. No sabía como responder a ello. El semáforo se puso en verde y Raúl los llamó para que se diesen prisa. Consiguieron alcanzarlo y pasar a la otra acera. Quijote quería saberlo:

-Tenias cara de que te gustaban -dijo lo primero que se le pasó por la cabeza- además ¿Qué importa?

Quijote suspiró y se encogió de hombros, había perdido el interés en aquello. Sin darse cuenta, llegaron a casa de Raúl.

Empachado de pizza, rodó sobre el suelo hasta que consiguió ponerse de rodillas. Miriam y Raúl se habían tomado unas cuantas cervezas de más, y cantaban en el karaoke canciones del 2000, de esa buena infancia. Arrastró sus pies hasta el cuarto de baño y sacó el telefono movil para avisar a sus padres. Nada más mandar el mensaje, su padre le contestó en un tono despreocupado, algo que le llamó la atención. Se rascó la cabeza confundido y decidió preguntarle a su madre si estaba de acuerdo con eso, a lo que ella contestó de la misma forma, un hecho insolito. Aun no se había hablado de levantarle el castigo, sin embargo le dejaban estar fuera de casa hasta tarde. Suspiró y se guardo el telefono. Se bajó la bragueta y decidió echar un río. Cuando terminó, se lavó las manos y salió, viendo como Raúl dormía sobre la espalda de Miriam, y esta se recostaba sobre este. A pesar de que no se sentía excluído, la soledad aun le daba en la frente. Tomó la mochila, con todos los libros, y se la echó a la espalda. Con las llaves de la moto en mano, decidió que era hora de marcharse a un lugar más tranquilo, pero cuando buscó el vehículo, pudo ver que alguien lo había intentado destruir, con poco exito, pero el suficiente como para dejarlo tirado en medio de la noche. Había una nota. <> ponía en una letra que había sido plasmada con poco esfuerzo. El trozo de papel pertenecía a una libreta, pero parecía que había estado en un suelo mugriento por años. La arrugó y la lanzó a una papeleria. Se volteó y caminó de nuevo hacia la puerta de la casa de Raúl. Dio unos cuantos toques, pero al otro lado no escuchó a nadie. Estaban profundamente dormidos.

Capítulo 7

CAPÍTULO 7

Tanto Quijote como Raúl entraron dentro del aula, viendo como Lucía no les devolvía el saludo. Estaba más molesta que de costumbre, y quiso saber por qué prescindía de hablarle. Dejó su mochila en el pupitre de al lado, y Raúl se sentó, acomodando su cabeza en el pupitre:

-¿Qué ocurrió después de que tomara un taxi? -preguntó Quijote-

-Miriam reconoció la letra -respondió Raul levantandola- fue ella.

Los dos se quedaron mirando como salía al pasillo a hablar con un par de amigas:

-¿Qué le hice? -se quejó Quijote-

-No te preocupes, es de piel fina, a la mínima se enfada por todo.

Quijote, harto de aquello, se levantó de la silla. A Raul se le escapó de su alcance, y lo siguió llamando para que no se acercara a ella. Se quedó debajo de la puerta, mirandola fijamente, haciendo que esta se la devolviese, pero más enfadada aun:

-Ah, eres ese chico tan famoso -respondió una de sus amigas- ¿Tienes novia?

Negó con la cabeza, mientras se sonrojaba y miraba hacia otro lado. Lucía contestó por él, diciendo que siempre estaba cerca de su hermana, que parecía su perrito faldero. Raúl se reunió con ellos, haciendole ver a Lucía que ya se estaba pasando, y las amigas salieron en su defensa:

-¿Quien eres tú para mandarle?

-iSoy su amigo! -gritó Raúl- Lucía ¿Puedes dejar de ignorarnos?

La profesora se asomó por el principio del pasillo, todos entraron en el interior. Quijote y Lucía se quedaron rezagados. Este solo se atrevió a decirle que solo quería hablar con ella, y que luego la dejaría en paz. Esta asintió y se sentó en el pupitre. Quijote se fue a su sitio y Raúl le preguntó por lo que ella le había dicho:

-Me ha dicho que sí -respondió Quijote-

-¿Así sin más? ¡No te lo creas!

Quijote levantó su ceja, no entendía lo que quería tratarle de decir. Raúl suspiró y le explicó que antes de que fuese a hablar con ella, le avisara, que lo acompañaría.

Lucía tomó su botella de plástico, vacía, con la intención de ir a llenarla. Quijote vio como se marchaba, y miró a su lado, viendo que Raúl no estaba ahí por el cambio de asignatura. Se armó de valor y salió corriendo. Miró a ambos lados, y a lo lejos, la vio. La siguió sin que esta se diera cuenta, haciendo que hasta este mismo se sintiera incomodo por lo que hacía. Vio como ella entraba en el baño de chicas, así que espero a las afueras. De repente, vio como a ambos lados del pasillo era rodeado por gente. Entre dos de esas personas, apareció Alberto, que lo rodeó con su gran brazo, acercandolo a él para susurrarle algo:

-¿Te crees que vas a conseguirte a mi novia? -le preguntó con tono amenazador- ¿Se te está subiendo la popularidad a la cabeza?

Quijote no entendía nada. Alberto lo empujó hacia el medio del pasillo y fue cogido entre dos. Alberto aseguró que tenía que ser precavido, sabía de los dotes de lucha de Quijote, y no quería perder, amaba ganar. Ordenó a otro amigo que no dejara que Lucía saliese del baño, que no quería que viese eso, y le dijo a Quijote que no dijera nada. Le hicieron caso, y empezó a escuchar como Lucía se quejaba al no poder salir. Alberto se acercó con rapidez y le pegó un puñetazo en la boca del estomago. Quijote se quedó sin respiración, pegando un gran grito:

-¡Inútiles! ¡No dejéis que grite!

Le taparon la boca con su propia camiseta. Esta vez Alberto le propinó una patada, haciendo que las piernas de Quijote flaquearan. El agresor se echó atrás, alimentandose del alarde de sus compañeros, hasta que notó como algo le golpeaba en la cabeza:

-Deja a mi amigo -dijo Raúl enfadado-

-Id a por él -dijo Alberto sin pensarlo si quiera-

Quienes solo disfrutaban del "combate", fueron detrás de Raúl. Algo en la mente de Quijote no empezó a funcionar. Apretó sus dientes, y de la tensión, comenzó a temblar:

-¿Qué coño hace? -preguntó uno de ellos-

Quijote tiró de su brazo, zafandose de uno de ellos. Se giró y le pegó un cabezazo al otro. Intentó ir a por Alberto, pero de quien se había librado, lo tomó de la capucha y tiró hacia él. Alberto levantó su puño y le pegó en

toda la cara, haciendo que se cayera al suelo. Quijote escupió la sangre que se le había formado en la boca, y de un salto, se abalanzó sobre Alberto. Quien sujetaba la puerta, no le quedó otra que soltarla, e ir a pedir ayuda. Lucía pudo salir, y se encontró con la estampa. Los dos compañeros tomaban a Quijote, que furioso, trataba de volver a ir a por su novio. Este no se cortó ni un pelo, y volvió a golpearlo, haciendo que Lucía se quedara sorprendida por la violencia:

-¡Ya basta! -gritó, haciendo que parara todo el mundo-

Alberto paró, empujando a todo el mundo para ir a explicarle a su novia. Lucía lo ignoró, dijo que estaba muy enfadada, y se fue caminando hacia el aula. Alberto fue tras ella, y sus secuaces fueron tras él, dejando a Quijote, con una bajada de adrenalina.

Capítulo 8

CAPÍTULO 8

Miriam pasaba el algodón con alcohol por la frente de Raúl. Este se quejaba del escozor, y esta le pedía que se estuviera quieto. Quijote presenciaba aquello con su cuerpo molido, no recordaba nada de la pelea, solo lo que su amigo le había contado. Ella notaba que él estaba afligido, así que cansada de ser la madre de Raul, le pidió que se curara él solito, y se acercó a Quijote:

-Te veo preocupado ¿Ha pasado algo más?

Quijote negó con la cabeza. Aseguró que era lo mismo de siempre, que pensaba en Lucía. Miriam se cruzó de brazos, se sentó a su lado, y miró su tienda de motos. Tras meditarlo, le dijo que no la tuviera tanto en cuenta, que ella sabía cuidarse, y que si algo pasaba, como buena hermana mayor, la protegería:

-No sé si me he curado bien -se quejó Raul- pero estoy hartos ya.

-Como se nota que no eres de ensuciarte las manos -se burló Miriam- y eso que vas a muchas manifestaciones.

Raúl se sentó al lado, diciendo que él iba, pero no para la gresca, solo para ofrecer sus camisetas a quien quisiera. Miriam miró a Quijote, preguntando en si iría a las siguientes:

-No creo que mis padres me dejen ir -se quejó Quijote- además, no tengo muy buenos recuerdos de la última.

Miriam le animó a no ser tan vergonzoso, que si necesitaba que sus padres lo dejaran ir, ella los convencería para ello. Raúl asintió, diciendo que podía quedarse en su casa, con su hermano, pero Quijote siguió negando, no tenía medios para ir. Raul le recordó algo a Miriam, y esta chascó sus dedos diciendo que tenía algo muy importante. Desapareció en el almacén, dejando a Quijote sorprendido:

-Ahora viene -murmuró Raúl- tenemos una sorpresa para ti.

Quijote se quedó expectante, y vio como Miriam volvía a salir con unas llaves. Cuando se las entregó, pudo ver que era el mismo mando de la anterior vespa. Cuando pensó más sobre ello, pudo ver que eran nuevas:

-No puedo aceptar esto -dijo Quijote alarmado- no puedo.

-Si puedes, y más si nos vas a ayudar -respondió Raúl-

-Aun no he aceptado nada -se quejó Quijote- ¿Por qué?

Miriam aseguró que de todas formas se la iba a dar, por culpa de su hermana, el se había quedado sin moto, así que de alguna forma, se sentía responsable de lo ocurrido. Raul acabó explicándole que solo tenía que pensárselo, que si no la quería por que se sentía mal, que solo tenía que devolverla a Miriam, y que no pasaría nada. Raul miró la hora, tenía mucho por hacer en su casa, y aun no se había pasado por ella. Tomó sus cosas y se despidió, dejándolos a solas:

-¿Tú no tienes que ir a casa? -preguntó Miriam-

Quijote miró las llaves, era su unico metodo de transporte, pero no se sentía aun seguro. Miriam aseguró que estaba todo en regla, hasta había llenado bien el tanque para que funcionara, que no se preocupara por eso. Quijote asintió y se levantó, tomando el casco que ella tambien le había prestado.